

Antes
de la era cr.
vulgar
600.

zo morir á todos en Reblata, que está en el país de Emath; y fué trasladado Judá fuera de su tierra.

28. Este es el pueblo que trasladó á Babilonia Nabucodonosor. En el año séptimo de su reinado, tres mil veinte y tres judíos.

589. 29. El año diez y ocho de su reinado trasladó de Jerusalem ochocientas treinta y dos personas:

584. 30. Y en el año vigésimotercero del reinado de Nabucodonosor, trasladó Nabuzardan, general de su ejército, setecientos cuarenta y cinco judíos. Y así el número total de los trasportados, fué de cuatro mil y seiscientos."

582. 31. Pero en el año trigésimoséptimo despues que Joaquin, rey de Judá fué llevado á Babilonia, el día veinte y cinco" del duodécimo mes, Evilmerodac, rey de Babilonia, sacó á Joaquin, rey de Judá, de la abyección en que habia estado hasta entónces, y lo hizo salir de la prision.

32. Y habiéndolo hecho venir á su presencia, le habló con mucha bondad, y levantó su trono sobre los tronos de los reyes" que estaban debajo de él" en Babilonia.

33. Le hizo mudar los vestidos que tenia en la prision, y le admitió á comer en su presencia todos los días de su vida."

34. Mandó el rey de Babilonia que se le diese cada día un tanto para su mesa," que ordenó se le pasase por todo el tiempo de su vida hasta el día de su muerte."

28-30. Estos tres versos faltan en el libro 4. de los Reyes, y tambien faltan aquí en la edicion romana de la version de los Setenta. Pero se lee en la edicion complutense, en los ejemplares de Teodoro, y en el hebreo.

¶ 31. En el libro 4. de los Reyes xxv. 27. se dice: el veinte y siete; y puede haberse confundido siete con cinco, como acaba de verse en el ¶ 25.

¶ 32. Hebr. dif. Cerca de él, *apud se*, de donde puede haber venido el *post se* de la Vulgata. En el pasage correspondiente del libro 4. de los Reyes se traduce esta expresion con esta *cum eo*, que podia equivaler á *secum*.

¶ 34. Sea para él, ó mas bien para sus gentes; porque el verso anterior parece indicar que él comia en la mesa del rey.

Ibid. Vulg. lit. *Vitae eius*, lo que se refiere á Evilmerodac. Al parecer deberia decirse *vitae suae*, refiriéndose á Joaquin, cosa que se combinaria mejor con *mortis suae*, que dice relacion á Joaquin. En el libro 4. de los Reyes dice tambien la Vulgata *vitae suae*. El hebreo está equivoco.

lonis, et interfecit eos in Reblatha in terra Emath: et translatus est Iuda de terra sua.

28. Iste est populus, quem transtulit Nabuchodonosor: In anno septimo Iudaeos tria millia et viginti tres:

29. In anno octavodecimo Nabuchodonosor de Ierusalem animas octingentas triginta duas:

30. In anno vigesimotertio Nabuchodonosor transtulit Nabuzardan magister militiae animas Iudaeorum septingentas quadraginta quinque: omnes ergo animae, quatuor millia sexcentae.

31. Et factum est in trigésimoséptimo anno transmigracionis Ioachin regis Iuda, duodecimo mense, vigesimaquinta mensis, elevavit Evilmerodach, rex Babylonis ipso anno regni sui, caput Ioachin regis Iuda, et eduxit eum de domo carceris.

32. Et locutus est cum eo bona, et posuit thronum eius super thronos regum, qui erant post se in Babylone.

33. Et mutavit vestimenta carceris eius, et comedebat panem coram eo semper cunctis diebus vitae suae:

34. Et cibaria eius, cibaria perpetua dabantur ei à rege Babylonis statuta per singulos dies, usque ad diem mortis suae cunctis diebus vitae eius.

PREFACIO

SOBRE

LAS LAMENTACIONES DE JEREMÍAS.

Los Hebreos tenian la costumbre de hacer cantos fúnebres á la muerte de los grandes hombres, de los principes, y de los héroes que se distinguian en los ejércitos. En la Escritura tenemos algunas de estas composiciones; por ejemplo, sobre la muerte de Saul y de Jonatas (1) y sobre la de Abner (2); y por los libros de los Paralipómenos (3), aparece que entre los Hebreos habia algunas colecciones de ellas: *Ecce scriptum fertur in Lamentationibus*. Ni se hacian sólamente á la muerte de los grandes personages, sino tambien sobre las desgracias de ciudades, naciones y principes extrangeros. Tales son las de los profetas Isaías (4), Jeremías (5) y Ezequiel (6), sobre la desolacion de Egipto, de Tiro, de Sidon, de Babilonia y otros países. Rara vez anunciaban la ruina de un estado considerable, sin acompañar su prediccion con algun canto fúnebre, considerando al tal reino ó estado en cierta manera como muerto, abatido y arruinado.

A esta clase pertenecen las Lamentaciones que compuso Jeremías sobre las desgracias de Jerusalem. Mas como las que sufrió esta célebre ciudad, aun en tiempo de este profeta fueron muchas, no convienen los autores en la época ni en la ocasion en que hizo tales composiciones. Algunos (7) creen que fué con motivo de la muerte de Josías, cuando el rey de Egipto entró en la Judea, desafió al ejército de aquel piadoso príncipe, quitó á este la vida, y á su vuelta de la expedicion contra Cárcamis tomó á Jerusalem, se llevó á Joacaz para Egipto, é hizo tributaria á la Judea. Todos estos males, se dice, son los que lamenta aquí Jeremías. El fundamento principal de esta opinion es que en los libros del Paralipómenon se dice expresamente: *Toda Judá y Jerusalem lloraron á Josías; que Jeremías especialmente, manifestó su dolor en las lamentaciones que compuso entónces, y que todos los cantores y cantoras las repiten todos los años en Israel; lo cual se observa como una ley en todo el país* (8). A esto se añade otra razon tomada del elogio que se hace en las mismas Lamentaciones (9) á un rey que se pretende que es Josías: *El ungido*

(1) 2. Reg. 1. 18. et seqq.—(2) 2. Reg. iii. 33. 34.—(3) 2. Par. xxxv. 25.—(4) Isai. xiv. 4. et seqq.—(5) Jerem. vii. 29. ix. 10. xlviii. 32.—(6) Ezech. xix. 1. xxvi. 17. xxviii. 11. xxxii. 2.—(7) Hieron. in Zach. xii. 11. col. 1785. *Super quo (Josia) Lamentationes scripsit Jeremias, quae leguntur in Ecclesia, et scripsisse eum Paralipomenon testatur liber. Ita et Chald. Interp. et Raban. et Maldon. et Figuer. Thom. Bonavent. Hugo. Vat. Jun. Vide et Joseph. Antiqq. lib. x. c. 6.—(8) 2. Par. xxxv. 24. 25.—(9) Thren. iv. 30.*

I.
Uso de los
cantos fúne-
bres entre
los Hebreos.
Ocasión de
las Lamen-
taciones de
Jeremías.

del Señor, que era el aliento de nuestra boca, el sosten de nuestra vida, ha sido apresado por nuestras iniquidades; ese príncipe, á quien habíamos dicho: Bajo tu sombra viviremos en medio de las naciones.

Algunos Judíos pretenden que este libro de las Lamentaciones fué el que Jeremías dictó á Baruc (1), y que arrojado al fuego por el rey Joakim, lo volvió á dictar á Baruc el mismo Jeremías. Pero esta opinion no tiene la menor apariencia de verdad.

En fin, los mas de los intérpretes (2) sostienen que Jeremías lamenta aquí la ruina de Jerusalem, la cautividad del pueblo, la funesta suerte de Sedecias, y sus propias desgracias. Las pruebas de esta opinion se encuentran en todos los capitulos de las Lamentaciones. La inscripcion que se halla á la cabeza de este libro, y que es muy antigua, lo manifiesta exprésamente; y el autor del Eclesiástico (3) lo da á entender bien claro, cuando dice que los enemigos asolaron entónces los caminos que conducen á Jerusalem, segun la expresion de Jeremías, aludiendo á aquel pasage de las Lamentaciones: *Viae Sion lugent, eo quod non sint qui veniant ad solemnitatem* (4). Jeremías habla á cada paso de Jerusalem y del templo, como de cosas arruinadas, profanadas y desoladas. En los dos primeros capitulos trata principalmente del sitio y toma de esta ciudad. En el tercero lamenta las persecuciones personales que él ha sufrido. El cuarto se versa sobre la ruina y desolacion de la ciudad y del templo, y sobre la prision de Sedecias. El quinto finalmente, contiene una especie de fórmula de oracion que da á los Judíos para que la usen durante su dispersion y cautiverio. Al concluir el capítulo cuarto, habla de los Idumeos que habian contribuido á la ruina de Jerusalem, y se regocijaban en sus males. Todo esto demuestra evidentemente que el profeta no se refiere á la muerte de Josias, en cuyo tiempo subsistian aun el templo y la ciudad; el pueblo se mantenía en su pais, y no experimentaba todavia los males que nos describe.

Así pues, el libro de las Lamentaciones se compuso despues de la ruina de Jerusalem. El capítulo quinto probablemente se escribió despues que los otros, porque supone que el pueblo estaba ya cautivo, que una parte de él se hallaba en Egipto (5), y que el monte Sion habia quedado tan asolado que servia de guarida á las zorras (6). Tomada la ciudad, fué hecho cautivo Jeremías con otros Judíos, y no se le puso en libertad sino en Rama, cuando Nabuzardan se retiró de Jerusalem despues de haberla saqueado é incendiado, y desde la toma de la ciudad hasta la libertad del profeta pasaron como treinta y cinco dias, en cuyo intervalo fué tal vez cuando compuso estos cantos fúnebres para consolar á los cautivos que estaban en prisiones como él.

Jeremías comienza por lamentar la desolacion de Jerusalem tomada por los Caldeos. Esta poderosa ciudad ha caido en la humillacion: sus enemigos se han echado sobre ella, la han arruinado, han profanado el templo del Señor, y se han llevado cautivos á los hijos de Judá: se ve al mismo tiempo abandonada de sus aliados é insultada de sus enemigos: ella reconoce que se ha atraido la cólera del

II.
Análisis de
las Lamenta-
ciones segun
el sentido ob-
vio y literal.

(1) Jerem. xxxvi. 4. et seqq.—(2) Hieron. in Jeremiam praefat. Civitatis suae ruinas quadruplici planxit alphabeto. Ita Theodoret. Procop. Olympiodor, et alii fere omnes.—(3) Eccli. xlix. 8.—(4) Thren. i. 4.—(5) Tren. v. 4. 5. 6.—(6) Ibidem v. 18.

Señor; le hace presente el abatimiento á que se halla reducida, y anuncia las venganzas del Señor contra los que se complacen en sus males (Cap. i.). Continúa el profeta lamentando la desolacion de Jerusalem. Contempla con asombro la ruina de aquella ciudad donde el Señor habia colocado su templo. El Señor ha destruido á Israel; ha entregado en manos de las naciones sus sacerdotes y los príncipes de su pueblo, y ha abandonado su mismo templo. Jerusalem está destruida, y los falsos profetas entretienen á sus hijos con vanas esperanzas. Los enemigos la insultan en su ruina, y el profeta la exhorta á que no cese de llorar y manifestar su afliccion al Señor (Cap. ii).

Lamenta Jeremías sus propias desgracias. El Señor hace pesar su mano sobre él, y le hace el ludibrio de su pueblo. Conjura al Señor para que se acuerde de su afliccion. Reanima su confianza, y exhorta al pueblo para que se convierta al Señor; se aflige á vista de los males que experimentan los hijos de Judá; hace presente á Dios el tratamiento inicuo que ha sufrido, y anuncia la ruina de sus enemigos (Cap. iii.). Lamenta de nuevo la ruina de Jerusalem, y describe las calamidades extremas á que se vieron reducidos los habitantes de esta ciudad durante el sitio de los Caldeos. Imputa la ruina de Jerusalem particularmente á la iniquidad de sus sacerdotes y profetas. Los hijos de Sion confiesan la vana confianza que pusieron en el auxilio de los Egipcios, y lamentan la cautividad de su rey. Jeremías echa en cara á los Idumeos el placer con que se regocijan en la desgracia de los hijos de Judá; anuncia á aquellos su ruina, y al mismo tiempo la libertad de Sion (Cap. iv.).

El profeta, en fin, dirigiendo su voz al Señor á nombre de los hijos de Judá, le representa los males que han sufrido y el estado miserable en que se encuentran. Lo conjura para que los llame de nuevo y los restituya á su antiguo esplendor (Cap. v.).

Esta obra admirable contiene en su misma pequeñez grandes objetos de intruccion, edificacion y consuelo, ya se considere el sentido obvio y literal, ya se medite el sentido profético y misterioso que se oculta bajo el velo de la letra. Al principio parece que el profeta solo se ocupa de los males de los hijos de Judá y de la ruina de Jerusalem por las armas de Nabucodonosor; pero bajo este mismo punto de vista se observa que todo lo refiere á Dios como á causa primera y universal que dispone todos los sucesos. Penetrado de un pavor santo, considera la justicia de un Dios vengador armado contra Judá y Jerusalem, que todo lo asola y lo destruye por mano de los Caldeos; que derriba los muros mas fuertes, y degüella en su cólera á los sacerdotes, á los profetas y á los magnates de Judá. Jeremías adora humildemente esta justicia que castiga de una manera tan terrible la prevaricacion y rebeldia de su pueblo; y en medio de todos estos horrores descubre una misericordia y bondad inagotable que alienta y sostiene su esperanza. Ve que por un efecto de esa misericordia los hijos de Judá no han sido aniquilados enteramente, y que Dios ha reservado un corto número de ellos que volverá á poblar la tierra de sus padres. El Señor es siempre el Dios y la herencia de Israel; y por eso el profeta no cesa de poner en él su confianza, y espera en silencio la salud que ha prometido.

III.
Instruccio-
nes y miste-
rios conteni-
dos en las La-
mentaciones.
de Jeremias.

Porque el Señor, dice él, no nos abandonará siempre. Si nos ha afligido, también se compadecerá de nosotros según la multitud de sus misericordias (1). Mas para prepararse á recibir tan grandes bienes, es indispensable una sincera penitencia. Examinemos nuestros caminos; busquemos al Señor, y volvamos á él. Levantemos al cielo nuestros corazones y nuestras manos al Señor. Digámosle: Nosotros hemos sido prevaricadores y rebeldes, y por eso tú eres inflexible (2). He aquí los caracteres de la penitencia que este pueblo necesita para atraerse la misericordia de Dios, siendo esa misma penitencia uno de los efectos mas maravillosos de esta misericordia, que mudará y renovará sus corazones, según las bellas palabras con que el profeta termina su oración: *Conviértenos á tí, Señor, y nos convertiremos; renueva nuestros días como eran al principio* (3).

Las Lamentaciones de Jeremías no se refieren solamente á la ruina de Jerusalem por Nabucodonosor y á la cautividad del pueblo judío en Babilonia; tienen un objeto secundario mas interesante todavía para nosotros, á saber, el castigo del crimen horroroso que cometieron los Judíos contra la persona de Jesucristo nuestro Salvador. La Iglesia misma, previniendo que en los tres días últimos de la semana santa se lean las Lamentaciones de este profeta sobre las desgracias de Jerusalem, parece advertirnos que los pecados de los Judíos en tiempo de sus últimos reyes, y la venganza que Dios tomó de ellos por medio de Nabucodonosor, no eran mas que un ligero bosquejo de la ceguera, infidelidad y furor de la Sinagoga contra su Salvador, y de la maldición divina que cayó sobre este pueblo treinta y siete años despues de la muerte de Jesucristo. Estas últimas desgracias son las que con especialidad lamenta el profeta, ocupándose de los sufrimientos y humillaciones del Mesías, sobre todo en el capítulo III. Lo representa colmado de aflicciones y bajo la vara de la indignación del Señor que lo hiere y le despedaza los huesos; que lo llena de amargura, y lo embriaga con ajeno; que lanza sobre él todos los dardos de su cólera; que rehusa escuchar sus clamores, y desecha sus ruegos, no obstante que lo ve prosternado y con la boca en el polvo. Sus enemigos que lo odian injustamente, lo apresan como el cazador al ave; presenta la mejilla al que le hiere, y se le llena de oprobios; se hace el ludibrio de todo su pueblo, el asunto de sus coplas y el objeto de sus crueles burlas; se le pone en un lugar tenebroso que se cubre con una losa para encerrarlo allí como á los que han muerto para siempre. A todos estos rasgos que caracterizan tan claramente al Mesías entregado por la justicia de Dios su Padre á los insultos y ultrajes de sus enemigos los Judíos, añade el profeta estas memorables palabras: *Señor, tú les retribuirás lo que merecen, conforme á las obras de sus manos. Tú los abandonarás á la dureza de su corazón, y tu maldición descansará sobre ellos. Los perseguirás en tu furor, y los exterminarás bajo del cielo* (4). El castigo ha sucedido al crimen. Vemos con admiración, habiendo corrido mas de diez y siete siglos, que la mano de Dios pesa sobre este desgraciado pueblo. Sin embargo, su misericordia lo conserva con parti-

(1) Thren. III. 31. 32.—(2) Ibid. v. 40 et seqq.—(3) Ibid. v. 21.—(4) Ibid. III. 64 et seqq.

cular cuidado en medio de esa opresión tan dilatada; y vendrá un día en que las promesas consoladoras del profeta en favor de los rectos de ese pueblo, se cumplan de una manera mucho mas perfecta que lo fueron al volver de la cautividad de Babilonia.

Finalmente, las Lamentaciones de Jeremías enseñan á los cristianos de todos los tiempos á gemir con fruto sobre los males de la Iglesia: porque realmente la Jerusalem terrestre y figurativa es la ocasión de los gemidos del profeta, pero la Iglesia es su verdadero objeto. ¡Qué males no ha sufrido ya! Las persecuciones de los paganos, las turbaciones de los arrianos, las irrupciones de los bárbaros, las incursiones de los Sarracenos, el cisma de los Griegos, la dominación de los Mahometanos, los estragos de las heregias modernas, la licencia de las opiniones, la corrupción de las costumbres, los funestos progresos de la irreligion; ¡cuántos motivos de llanto! Y ¡qué males no nos anuncia todavía el apóstol S. Pablo, hablando de la apostasia que ha de preceder á la venida del Anticristo (1)! ¡Qué males no nos anuncia también S. Juan en su Apocalipsis, describiéndonos el reinado de aquel hombre de pecado bajo la figura de un monstruo cruel, á quien se dará el poder de hacer la guerra á los santos, y de ejercer su prepotencia sobre los hombres de toda tribu, de todo pueblo, de todo idioma y de toda nación (2)? En medio de todos estos males, el Espíritu Santo ofrece á los hijos de Dios una fuente copiosa de instrucciones y consuelos en las Lamentaciones de Jeremías. Este profeta será entonces nuestro modelo. El nos enseña el modo con que debemos gemir para atraernos la misericordia del Señor. Franqueemos entonces nuestros corazones á los sentimientos que el Espíritu Santo quiere excitar en nosotros con las expresiones divinas que pone en boca nuestra. Penetrados de estos sentimientos dirijámonos á Dios con un espíritu de penitencia; reconozcamos que nuestros pecados son la causa de los males que sufrimos; examinemos nuestros caminos; busquemos al Señor, y volvamos á él. Digamos con el Profeta: *El Señor es justo; porque nosotros somos rebeldes á sus órdenes* (3). *Nosotros hemos sido prevaricadores y rebeldes* (4). *Desgraciados de nosotros, porque hemos pecado* (5). Mas si nos afligimos con el profeta á vista de los males que nos han traído nuestros pecados, consolémonos con las esperanzas que la fe nos presenta, y estemos seguros de que *las bondades de Dios no se han agotado; que es fiel en sus promesas* (6); y que *si nos ha afligido, también se compadecerá de nosotros según la multitud de sus misericordias* (7).

Los cuatro primeros capítulos de las Lamentaciones, se componen de estrofas ó versos acrósticos ó alfabéticos, esto es, que cada estrofa ó verso comienza por una de las letras del alfabeto, guardando la serie y orden que tienen en el mismo alfabeto. Así es que los capítulos I y II. contienen veintidos estrofas según el número de las letras; y el III. sesenta y seis á razón de tres versos bajo cada letra, porque cada uno de esos tres versos comienza con una misma. El capítulo IV. es semejante á los dos primeros; y el V. aunque no es alfabético, tiene solamente veintidos versos, esto es,

(1) 2. Thess. II. 3. 4.—(2) Apoc. XIII. 1. et seqq.—(3) Thren. I. 18.—(4) Ibid. III. 42.—(5) Ibid. V. 16.—(6) Ibid. III. 22. 23.—(7) Ibid. v. 31. 32.

IV.
Observaciones sobre el orden alfabético de las Lamentaciones de Jeremías.

tantos cuantas son las letras del alfabeto. Lo que hay de particular en el orden alfabético de los cuatro primeros capítulos es que en el segundo, tercero y cuarto la letra *Phe* se pone ántes que la letra *Ain*, siendo así que esta precede á aquella en el orden común del alfabeto, como se ve en los Salmos alfabéticos, en el elogio que Salomon hace á la muger fuerte (1) que tambien es de esa clase, y finalmente en el capítulo 1. de las mismas Lamentaciones. Se ignora la causa de esa trasposicion. Grocio conjetura que el orden que tenia el alfabeto entre los Hebreos era diferente del que tenia entre los Caldeos; y que Jeremías despues de haber seguido el orden de los Hebreos en el capítulo 1. siguió el de los Caldeos en los otros tres. El P. Houbigant, que estima poco verosimil esta conjetura, cree que los copistas omitieron el verso que comienza con la letra *Phe* y lo suplieron colocándolo en lo alto de la página sobre el verso que comienza con la letra *Ain*. Mas ¿será creible que esto sucediese en tres capitulos consecutivos? Los copistas ciertamente para reparar esa pretendida falta, y reponer las letras en su orden natural, han trastornado y embrollado el texto algunas veces (2); pero el sentido y secuela del discurso piden que los versos se dejen en el lugar que tienen. Aquí debemos observar que en la lengua hebrea los nombres de las letras del alfabeto tienen un significado propio, del cual ha sacado S. Gerónimo algunas alegorías (3). La palabra *Ain* que es el nombre de la letra décimasexta del alfabeto hebreo, significa en ese idioma el *ojo*; y la palabra *Phe*, que es el nombre de la letra décimaseptima, significa la *boca*. El *ojo* de los profetas vió en espíritu los misterios que anunció su *boca*; y despues su boca continuó anunciándolos hasta que el *ojo* ha empezado á verlos cumplidos en la primera venida de Jesucristo. Así mismo en tiempo de Jesucristo el *ojo* de los apóstoles vió lo que su *boca* publicó en seguida; y la *boca* de los ministros del Evangelio continúa anunciando lo que el *ojo* de toda carne verá en el última venida de Jesucristo. De este modo, sucesivamente el *ojo* ve lo que la *boca* anuncia, y la *boca* anuncia lo que el *ojo* ve.

V.
Observaciones sobre la inscripción, el nombre, las versiones y estilo de este libro.

El título ó inscripción que se lee á la cabeza de las Lamentaciones en la version Vulgata y en la de los Setenta, no se halla en el hebreo, en el caldeo, en el siriaco, ni en los manuscritos mas antiguos y correctos de la version de S. Gerónimo (4). S. Buenaventura, Lirano y otros muchos no tienen por canónica esta inscripción; defienden que fué añadida por los Griegos y que jamas ha estado en el texto original. En efecto, no se lee en varias ediciones de la Biblia, ni esto ha impedido que muchos intérpretes antiguos y modernos hayan creído que estas Lamentaciones se escribieron con ocasion de la muerte de Josias, contra el expreso tenor de la inscripción. En la edicion de Sixto V. se halla añadida al fin del capítulo LII. de Jeremías haciendo parte del mismo; pero en la nueva edicion de S. Gerónimo se ha omitido.

Los Hebreos designan este libro con el nombre de *Echa*,

(1) *Prov. xxxi. 10. et seq.*—(2) Vide *Notas de D. Juan Martianay. in part. n. ps. Bibliothe. S. Hieron. p. 643.*—(3) *Hieron. epist. ad Paulam de alphabeto hebraico div. xxviii.*—(4) *Vide notas in Threnos, nov. edit. S. Hieron.*

que es la primera palabra del texto, ó con el nombre *Kinoh*, que significa *Lamentaciones*. Los Griegos lo intitulan *Threnoi*, que tambien significa *Lamentaciones*; y de esa palabra han tomado los Latinos el nombre *Threni* que dan á este libro, al cual unas veces lo designan tambien con el nombre de *Lamentationes* en plural, y otras con el de *Lamentatio* en singular. Esta última denominacion solo se usa en el oficio de la Iglesia, donde se lee: *Incipit Lamentatio Jeremiae prophetae &c.*

Ademas de la version griega de este libro que hicieron los Setenta, ó que por lo ménos se atribuye á estos intérpretes, hay varios fragmentos de la de Simaco; pero son pocos los que se tienen de las de otros autores: así es que Orígenes no tuvo á bien colocar en sus Héxaplas las versiones de Aquila y de Teodocion, acaso porque no se diferenciaban mucho de la de los Setenta. Algunos han creído que Aquila y Teodocion tal vez no tradujeron las Lamentaciones; pero el P. Montfaucon demuestra muy bien lo contrario en su prefacio sobre este libro, en la edicion que publicó de las Héxaplas.

El estilo de las Lamentaciones de Jeremías es animado, tierno y patético, cual exigen las obras de esta especie. Pocos escritos se hallan en la antigüedad mas bellos y propios para excitar el sentimiento. Este era genio particular de Jeremías; y sea que el profeta considere los males que sufría entónces su pueblo, ó los que habia de sufrir en lo sucesivo; sea que él tienda la vista á los que habia de experimentar la Iglesia y de los cuales aquellos no eran mas que una imagen ligera, nada se presentaba á su imaginacion que no fuese digno de sus llantos y de los sentimientos tiernos y afectuosos que expresa.